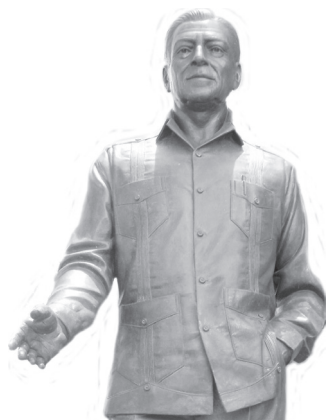




“El Veneno”

(29 de agosto de 1954)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

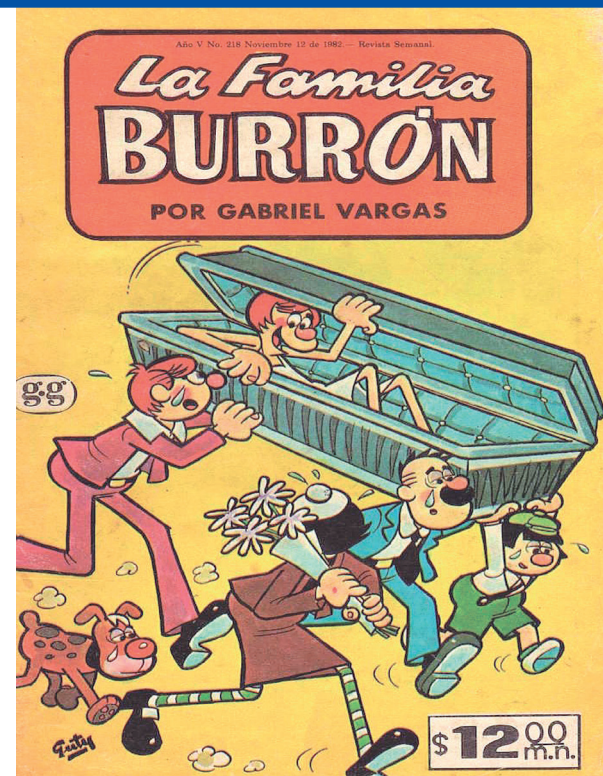
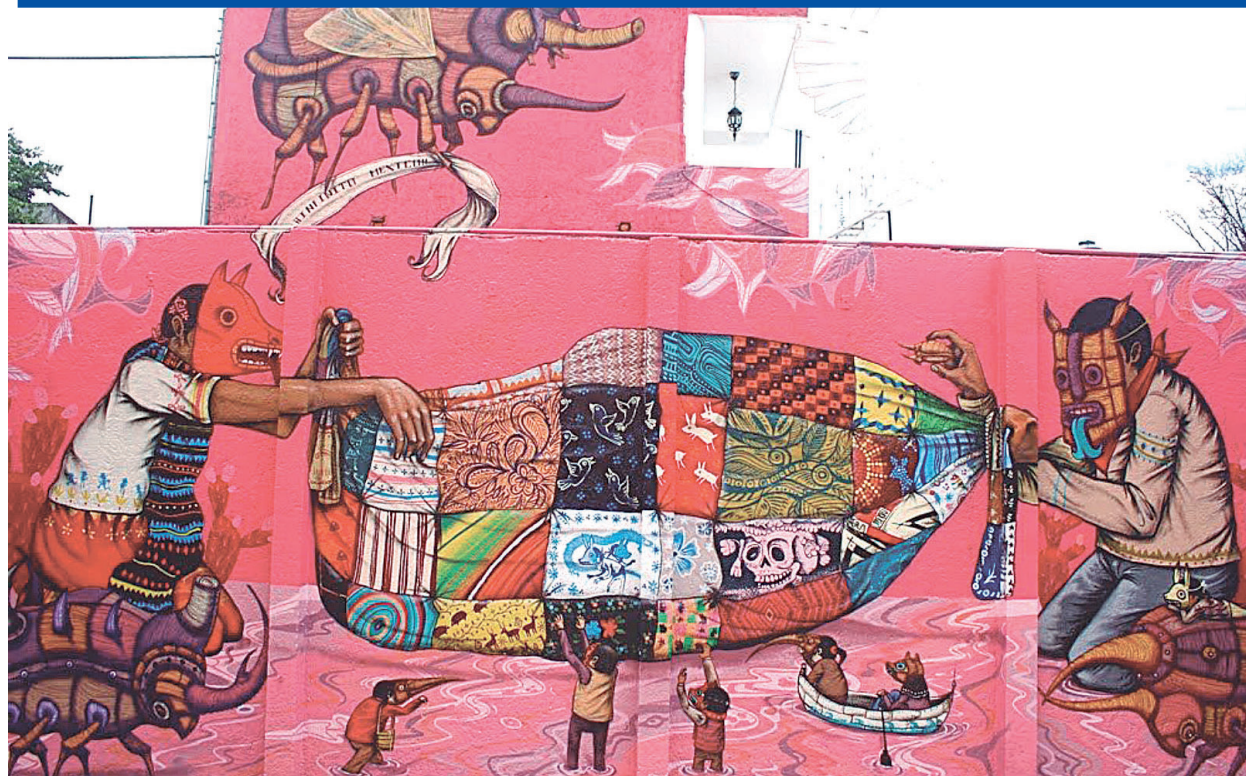


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2588

DOMINGO 19 DE ABRIL DE 2020



ESCRIBEN: Salvador Velazco, Angélica Mercado, Alberto Llanes,
Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.



A las nueve en punto

Santo, el Enmascarado de Plata

Salvador Velazco

El Santo vela por nosotros, dentro y fuera de nuestra ultrajante irrealdad de todos los días.

Jorge Ayala Blanco

Rodolfo Guzmán Huerta (1917-1984), el mítico Enmascarado de Plata, notable campeón de lucha libre, verdadero ídolo popular, participó en más de 50 películas de un sub-género que ayudó a salvar la industria filmica nacional: el cine de luchadores, genuinamente mexicano. A principios de los años 50, y por un espacio de dos décadas, la cinematografía nacional encontró en el Santo, Blue Demon, Mil Máscaras, El Huracán Ramírez, entre otros grandes del pancracio, una tabla de salvación frente al agotamiento de los temas y fórmulas del tradicional melodrama, comedia ranchera y cintas de cabareteras. Así, los empresarios comenzaron a invertir en películas de luchadores, las cuales se hacían en forma rápida, con bajo presupuesto, y aseguraban una pronta recuperación en la taquilla.

De todas estas figuras del ring, el Santo se convirtió en uno de los grandes mitos de la cultura popular nacional gracias a que fue un héroe transmedia: de la lucha libre pasó al ámbito de la historieta y de la historieta al cine. Debuta con su distintiva máscara plateada en julio de 1942, venciendo al Ciclón Veloz para hacer historia en la lucha libre: docenas de títulos (es el primer mexicano que logra ganar el Campeonato Mundial Welter), treinta máscaras y veinte cabelleras en su haber. En 1952 aparece el primer ejemplar de las historietas del Santo (una mezcla de cómic y fotonovela), producido por José G. Cruz, con un tiraje de 550 mil copias por episodio. La historieta no sólo circuló en México, sino en otros países de América Latina, dando a conocer al legendario enmascarado en un plano internacional.

Debido al gran éxito del Santo en la historieta era obligado el salto al celuloide. En un periodo de un cuarto de siglo, desde su ingreso al cine en 1958, el Enmascarado de Plata construyó una singular carrera cinematográfica en donde personificó al bien enfrentándose a las fuerzas del mal. El Santo luchó por igual contra zombies, vampiros, hechiceras, momias, hombres lobos, monstruos y marcianos. Asimismo, combatió a criminales, profanadores de tumbas, hampones, contrabandistas internacionales, villanos y caciques. No podemos defender la calidad artística de las películas del Santo porque, sencillamente, no la tienen: hacen gala de todas las características de los *churros* de su época como el poco cuidado en la técnica de producción, malas actuaciones, improvisadas (a veces hechas en cuatro semanas), con argumentos repetitivos, sin mucha lógica y en ocasiones delirantes. Dicho lo anterior, tampoco vamos a despreciarlas porque fue un cine que ayudó a

revitalizar la industria nacional al encontrar un público de masas que supo ser fiel.

Con todo, el Santo viene a proporcionarnos en estos infaustos días en que enfrentamos esta pandemia, como también lo hizo en su tiempo, un cine de evasión pura, escapista a más no poder, que nos pide que suspendamos toda noción de incredulidad o verosimilitud. Sí, que aceptemos que una bola de cartón bien podría ser una bomba atómica, o que el Santo puede viajar en el tiempo, o que un reloj comunicador funciona con uranio, o que los dientes de los vampiros no son de plástico, o que el platillo volador de los marcianos es algo más que una simple pieza de utilería, o que el laboratorio del Santo, con sus foquitos parpadeantes en máquinas psicodélicas, es desde donde se comunica a todas partes del mundo. En otras palabras, es entretenimiento puro, fantasía, escapatoria, subterfugio.

Y sin embargo, este cine escapista por excelencia es también un espejo que refleja las ansiedades y temores de la sociedad de una buena parte del siglo XX. Pongamos por caso *Santo contra la invasión de los marcianos* (1967), en donde un platillo volador aterrizó en la ciudad de México. Los extraterrestres, vestidos como si fueran más bien parte de un grupo de rock alternativo, amenazan con someter a la raza humana si esta persiste en la locura de las pruebas nucleares. En *Operación 67* (1966), el Santo, quien comparte créditos con Jorge Rivero en una cinta donde ya se pone de manifiesto la influencia de James Bond, se enfrenta a una banda criminal transnacional que desde Hong Kong intenta asfixiar las economías de los países de América Latina. Dicho de otro modo, más allá de los valores estéticos de estas películas, lo que adquiere gran relevancia para su estudio son los contextos culturales y sociales en que se producen y que nos dejan ver, como si fueran radiografías, los imaginarios colectivos de esas épocas.

En estos días de aislamiento por el coronavirus, he estado viendo algunas de mis películas favoritas del Enmascarado de Plata con la finalidad, claro está, de evadirme de la pesadilla que vivimos. Una de ellas, *Santo contra las mujeres vampiro* (1962), siempre me atrapa. Una legión de mujeres vampiro, al mando de dos actrices emblemáticas del cine de luchadores como fueron Lorena Velázquez y Ofelia Montesco, sale de su letargo de dos siglos para intentar reinar sobre el mundo, algo que, desde luego, impedirá el Enmascarado de Plata, no sin antes pasar grandes apuros. Es quizás su mejor película y la que catapultó al Santo más allá de las fronteras mexicanas.

En una escena imagino al Santo llegar en su auto convertible color plata; la capa roja volando por los aires. Desciende de su vehículo con un poderoso salto y advierto que lleva algo en la mano. Sí, es la vacuna que nos salvará a todos.



En una escena imagino al Santo llegar en su auto convertible color plata: la capa roja volando por los aires. Desciende de su vehículo con un poderoso salto y advierto que lleva algo en la mano. Sí, es la vacuna que nos salvará a todos.



Filosofía de la cultura popular

Leopoldo Barragán Maldonado



Si por filosofía de la cultura se entiende el análisis crítico y reflexivo acerca de los fenómenos relativos al origen, desarrollo y evolución de los hechos culturales, es conveniente aclarar que un 'hecho cultural' será cualquier forma a través de la cual se expresan visiones del mundo y concepciones de la realidad. Ahora preguntemos si un 'hecho' tiene 'forma'. Los 'hechos' culturales son múltiples porque variadas son sus 'formas', es decir, las peculiaridades individuales, grupales y sociales en que aquellos cobran existencia.

En nuestros días estamos habituados a escuchar 'diversidad cultural', y lo es así porque un hecho, como ya lo dijimos, reviste numerosas formas; así, los 'hechos' culturales — pensemos las ceremonias matrimoniales— adquieren diferentes 'formas' según las visiones que los sujetos tengan de la realidad. El matrimonio como tal, es un 'hecho' —Durkheim le llamó 'hecho social'—, en cambio, las ceremonias civiles y religiosas son meras 'formas' o estereotipos que influyen en el comportamiento humano regulando su interacción; por eso decimos "hay que cuidar las formas", no es lo mismo una boda religiosa celebrada en un templo de renombre, que en otro que carece de él, aunque se trate del mismo 'hecho'; por consiguiente, las formas siempre delimitarán a los hechos.

Esta 'forma' que menciono tiene relación con lo que Ruth F. Benedict llama 'modelo', dice la antropóloga: "una cultura, como un individuo, es un *modelo* más o menos consciente de pensamiento y acción". En términos sociológicos la 'forma' —como fue empleada por Töennies, para diferenciar entre comunidad (*Gemeinschaft*) y sociedad (*Gesellschaft*)— es similar al 'modelo' que postula Benedict; 'forma' y 'modelo' encajan en la flexibilidad conceptual de paradigma como fue empleado por Thomas Khun.

Entonces podemos decir que la filosofía de la cultura es un estudio de carácter general, porque una cosa es hablar —como se llegó a hacer en niveles académicos— de filosofía de la cultura, y otra muy diferente, de filosofía del arte, o filosofía de la religión. ¿Acaso el arte no es sólo una visión del mundo, y la religión otra concepción de la realidad? Lo mismo sucedió con la distinción entre la historia de la cultura y la historia de las ideas, ésta no era más que una exposición sintética descriptiva de las principales doctrinas filosóficas. El problema puede revestir otros matices si quisiéramos separar entre historia de la cultura, historia de las ideas e historia de la filosofía, la cual, a diferencia de la anterior sería el estudio analítico y crítico de todas las corrientes filosóficas. Tenemos, pues, tres espectros en el mismo rayo de luz.

Vistas las cosas de esta manera, vale preguntar cuál es el lugar que debe ocupar la filosofía de la cultura popular en el marco general de las diferentes tipologías filosóficas. Clasificar en filosofía es como una partida de poker, tiramos y pedimos cartas para la mejor jugada. Por consiguiente, si establecemos que la cultura popular es por excelencia

la proyección del alma del pueblo, *Volkseele*, diría Wundt, entonces la filosofía popular se remonta a la tradición neokantiana que se desprende de la Escuela de Baden, al diferenciar las ciencias de la naturaleza con las ciencias del espíritu, convirtiéndose la filosofía popular en una disciplina auxiliar de la filosofía de la cultura, que paralela a la filosofía política, y las del derecho, del estado, y de la religión, posibilita la comprensión de la complejidad cultural.

Dicho lo anterior, establecemos que la filosofía de la cultura y la historia de la cultura son disciplinas cuya universalidad se constituye por medio de especificidades tales como la música, la arquitectura, la pintura, la tecnología y la ciencia, por mencionar algunas. Dichas partes se integran en ese 'todo' que designamos con el nombre de cultura. La cultura es un ente, un todo abarcador.

En su dimensión antropológica, nos dice Tylor que: "la cultura o civilización, tomada en su sentido etnográfico amplio, es ese complejo *total* que incluye conocimiento, creencia, arte, moral, ley, costumbre y otras aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad";

mientras que en su aspecto filosófico señala Habermas: "llamo cultura al acervo del saber en que los participantes en la comunicación se abastecen de interpretaciones para entenderse sobre algo en el mundo".

Ahora bien, si la naturaleza ontológica de la filosofía de la cultura se nos presenta como un ente universal, cabe reconocer en ella diferentes estratos, no discriminatorios pero sí complementarios. La discriminación en los niveles de apreciación cultural es sólo un prejuicio ampuloso, porque la 'cultura' tiene relación estrecha con 'mentalidad'. Recordemos que Wilhelm von Humboldt encontró dos significados de cultura, como adjetivo '*gebildete*' y como sustantivo '*Bildung*', la primera propia de lo que podemos conocer tradicionalmente como 'hombres cultos'; mientras que la segunda denota intimidad creativa

a partir de sentimientos morales e intelectuales que desembocan en el carácter y la personalidad, eso mismo que Schiller denominó *Innerlichkeit*, es decir, interioridad, término que puede ser trasladado a nuestro contexto como 'mentalidad'.

Al seguir aquellos rastros, identifico dos planos de cultura, uno que llamo 'cerrado verticalmente', que concierne a la cultura catalogada con etiqueta de selección refinada, y la cual es transmitida por medio de la historia de la cultura; y el otro que designo como 'abierto horizontalmente', correspondiente a la cultura clasificada con etiqueta de rasgo idiosincrático (del griego

idiosyncrasía= temperamento particular), de tal manera que la cultura popular no es otra cosa que la materialización de la mentalidad colectiva, la concreción de nuestro temperamento individual y social, que al mismo tiempo deviene como el objeto propio de la filosofía popular.



La cultura popular no es otra cosa que la materialización de la mentalidad colectiva, la concreción de nuestro temperamento individual y social, que al mismo tiempo deviene como el objeto propio de la filosofía popular.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

“El Veneno”

Don Manuel Sánchez Silva

(29 de agosto de 1954)

En 1914 trepidaba el país al paso vertiginoso de la cabalgata revolucionaria. El pueblo de México, levantado en armas por la proclama vengadora de don Venustiano Carranza y exaltado por un ejemplo de revolucionario patriota, incorruptible y austero, se desbordaba por el territorio nacional con la violencia de un torrente incontenible.

Era la época heroica y convulsiva en que la seca estridencia de los Winchester 30-30 constituía la zozobra habitual y en que “La Adelita” se desmayaba, fatalista, en los campamentos agrestes.

Colima realmente no había sufrido los trastornos de la Revolución. La vida seguía transcurriendo amodorrada y rutinaria, apenas turbada, de vez en cuando, con el efecto temeroso de las noticias truculentas de lo que ocurría en otras partes, sobre fusilamientos en masa, préstamos forzosos, muchachas robadas y poblaciones hambrientas; pero después de la primera impresión alarmante, la gente volvía a su despreocupada existencia ordinaria, yéndose por las tardes a la Piedra Lisa a gustar del viento del sur, sentándose a las puertas de sus casas en familiares corrillos parlanchines o recorriendo en perimetrales paseos los jardines públicos, en intrascendentes conversaciones a propósito del eterno pleito entre don Salvador Ochoa y don Luis Brizuela, o del último venado cazado en Los Pascuales por el doctor Fermín Fernández.

Por la noche del 18 de julio de ese año, tuvo lugar en el teatro Hidalgo la acostumbrada velada luctuosa en memoria de don Benito Juárez. Por cierto que el número más aplaudido fue la declamación de “La Bestia de Oro”, poema de Rafael López, admirablemente interpretado por el capitán Francisco Meléndez, distinguido oficial de la guarnición y esposo de Eugenia Torres de Meléndez, que años después adquiriera renombre nacional como declamadora eximia.

Después de la velada, la ciudad se recogió tranquila y confiada, ignorante de las horas de angustia que le esperaban.

Al siguiente día, entraron las primeras fuerzas revolucionarias, avanzadas del Ejército del Noroeste, del ya famoso general Obregón.

La mayor parte de las autoridades civiles y de las fuerzas militares se retiraron precipitadamente, a pesar de que los jefes de la columna revolucionaria habían prometido respetar vidas y bienes si la plaza era entregada pacíficamente, como se hizo.

Entre los escasos contingentes armados que permanecieron en la ciudad, estaba la plana mayor de un batallón irregular formado por el mayor Alejandro Béjar. Originario de Colima y miembro de distinguida familia local, Béjar había ingresado desde muy joven al Colegio Militar de Chapultepec y cobrado celebridad de valiente, ganando ascensos en la campaña del Yaqui.

Volvió a su tierra en 1911 con el grado de capitán... y era, en verdad, un señor capitán. Alto, delgado y de porte arrogante; blanco de color, pelo castaño, ojos azules, facciones correctas y retorcido el marcial mostacho, personalizaba el tipo atrayente del militar vocacional.

Por su carácter, vehemente y cordial, resuelto y decidido, sus amigos le habían puesto el mote de *El Veneno*, y era siempre más conocido por el alias que por su nombre.

En 1912, el capitán Béjar resolvió formar un batallón criollo. Abrió la inscripción y pronto se cubrieron las plazas de tropa y clases, figurando entre éstas numerosos elementos pertenecientes a estimables familias de Colima.

En el llano de Santa Juana, lo que ahora es el parque Hidalgo, y en el jardín de la Independencia, el capitán impartía instrucción militar y ejercitaba a sus hombres, hasta lograr un cuerpo disciplinado y eficiente, méritos que le valieron su ascenso a mayor.

Por circunstancias que sería prolijo examinar en este artículo, las fuerzas revolucionarias no respetaron las promesas hechas y a las 11 de la mañana del fatídico 19 de julio se inició una horrible matanza de oficiales y tropa del batallón colimense, gran parte del cual fue fusilado en el parque Hidalgo y el resto en La Albarrada.

El mayor Béjar fue aprehendido y conducido al cementerio para ser ejecutado. Se le llevó a pie y rodeado de fusiles. En el camino, iba seguido por escasos amigos y por su hijo Alejandro, muchacho de 12 años que no quiso abandonar a su padre.

Al pasar frente a la pila de La Sangre de Cristo, el mayor y su escolta encontraron a la señorita Porfiria Silva, tía materna del autor de estas líneas y

vieja amiga suya. Don Alejandro iba sereno, enhiesto y conservando su habitual arrogancia.

—¿Qué andas haciendo en la calle, Porfiria? —le preguntó el mayor.

—Vengo de misa. Y tú, ¿a dónde vas?

—Aquí cerca. Anda, vete a tu casa. Me saludas a todos.

Al llegar a su domicilio, Porfiria contó a sus familiares el encuentro, con la naturalidad y ausencia de significación de los incidentes sin importancia, pues el mayor en su actitud no revelaba el peligro de muerte en que se encontraba y que él conocía perfectamente.

Se le formó el cuadro en el cementerio y hasta el último instante que precedió a la descarga mortal, mostró la naturalidad de sus gestos y la gentil apostura que le era propia, viendo de frente a los fusiles que le apuntaban.

Así murió *El Veneno*, víctima del drama doloroso de este México nuestro, que para encontrar su camino ha repetido en sí mismo el tremendo mito de Saturno, que devoraba a sus propios hijos.

* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*.†



Al siguiente día, entraron las primeras fuerzas revolucionarias, avanzadas del Ejército del Noroeste, del ya famoso general Obregón.

“Me quedé así, ira”

Angélica Mercado A.

Yo le iba a *Blue Demon*. Lo conocí en el cine Colima, donde regularmente pasaban funciones dobles o hasta triples, suficiente tiempo para decidir bando y armar banda para aventar palomitas mientras coreabas al ritmo que marcaban los ranazos. La escena podía confundirse con la de una arena, todos gritaban y chiflaban, desataban un repertorio de originales frases y groserías como una manera de crear identidad y reafirmar nuestra territorialidad colectiva desde la cultura popular.

El cine permitía penetrar la barrera geográfica de barrio y de repente, todos éramos de donde mismo, íbamos hacia el mismo camino de combate. Para la década de los setentas, las figuras más famosas del ring salían de la distante Arena México para enfrentar monstruos extraños en la comodidad del cine local; algunas salas ofrecían “permanencia voluntaria”, y aunque realmente no fue mi voluntad, me quedé varias veces a revivir alguna escena, lista para desenvainar mi grito en el momento preciso.

Desde los sesentas, el cine iba cargado de terror y acción; en México, las producciones de cine eran menos costosas y de baja calidad, comparadas con los elegantes filmes blanco y negro de décadas anteriores. Pronto, lo grotesco de la caracterización y los descuidados efectos especiales curiosamente convertirían estas películas en cine de culto. Así como los gritos y chiflidos durante una función, la imagen de las cosas tiende a tener un efecto contagioso en las personas, como escribió Roland Barthes “...el espectador de la lucha libre, entra en un mundo donde lo que importa no es lo que piensa, sino lo que ve”. Tiene razón, la lucha libre se asemeja un tanto a la fotografía en ese aspecto, en su teatralidad reside la estética.



Blue Demon y El Santo en la pose que daría forma a las figuras de acción. Foto de autor no identificado.

Obvio, Blue Demon destacaba en los carteles del cine, y no era solo el azul metálico de su traje, era la acción en sí. Digo, pateaba un coche y lo abollaba sin esfuerzo, o destruía espías, invasoras u otros villanos del más alto nivel de maldad.

El cine era una locura tipo *matinée* sabatina, nuestros héroes a escala en la pantalla grande combatiendo vampiros de pelo engomado, hombres lobo vestidos de traje o zombies con peluca, los vencían a puras patadas y llaves asincrónicas que imitabas después de la función, sobre todo si tus hermanos le iban al Santo. El mismísimo combate entre el bien y el mal era filmado entre luces y humo, con utilería que podría ser arte-objeto *kitsch*, todo se maximizaba y por más chafa que fuera, le concedías credibilidad.

La imagen de los enmascarados se presentaba como si fueran invencibles, no puedo decir que guapos como Superman, ya que nunca perdían, así que el “máscara vs. máscara” no aplicaba, además, el enigma de sus rostros era opacado por las lycras de extravagantes colores, las capas o las camisas de solapa ancha. Las fotografías de Blue Demon y el Santo en acción que ilustraban los carteles que decoraban el vestíbulo del cine no son las mejores fotografías en cuanto a su estructura formal, sin embargo, representan varias generaciones. Comúnmente, los retratos de luchadores son ofensivamente obvios, el lenguaje corporal es exagerado, tal vez para compensar la falta de expresión gestual o tal vez para quedarse así para siempre, inmovilizados en acción. Así somos, nos gusta admirar lo evidente desde el ojo ajeno.

En el libro *Espectacular de Lucha Libre*, la fotógrafa Lourdes Grobet nos adentra al mundo del ring, nos lleva a la habitación de los enmascarados, a su sala, a su día a día; retrata desde una búsqueda y



ME QUEDÉ ASÍ IRA

Sticker.

exploración artística el extraordinario universo de la lucha libre y su exótica decoración. Su trabajo, denota un desarrollo en el imaginario popular y hasta cierto punto, es un indicador de que la sociedad parece demandar la experimentación de los fotógrafos.

La fotografía nos ha garantizado el deseo de la exactitud sin ser copia de la realidad, se requiere destreza para no pasar una línea tan delgada. El hecho de que el fotógrafo abstraiga y traduzca a un destinatario general, a un público no formado en enseñanzas artísticas específicas necesariamente, comprueba que la fotografía nos retrata a todos, lo que implica que el autor se enfrente a las múltiples interpretaciones de su receptor, sabe que, cuanto más específico sea, más general será, como decía la gran Diane Arbus. Así, la imagen se torna indisoluble a la experiencia personal y siempre estará vinculada al margen de su relación física o gráfica en un mismo contexto. Cuando una imagen trasciende a hito cultural, se ha diluido la frontera de estereotipos comunes y se despliegan peculiaridades que identificamos como nuestras.

Películas como *Blue Demon contra las momias de Guanajuato* o los retratos de Lourdes Grobet, son microsecuencias de mi infancia, son estímulos visuales que activan un inevitable viaje al cine Colima. La fotografía es un producto cultural, juntos, fotógrafo y espectador co crean la popularidad de una imagen, construyen identidad a partir de ella. Dinámica como la cultura misma, la fotografía siempre está sujeta a cambios graduales, o digamos, ingeniosamente drásticos, como el fenómeno de los *stickers*, una fotografía mal recortada, reducida a su mínima representación y acompañada de textos que ponen en alto el nombre de México, nos conecta a otro nivel de colectividad, como si fuera una fotografía instantánea de nuestra cultura popular.

Es maravilloso que una fotografía hecha en 1953 se haya transformado en el modelo de la clásica figura de acción de lucha libre y ahora circule como *sticker* en *Whatsapp*. Una sola fotografía englobando todo lo que significan estos héroes enmascarados, no son las cualidades técnicas ni conceptuales de la fotografía *per se*, es ella en sí misma, imagen que ha dado forma a la interpretación en colectivo y que evoca la experiencia personal, mi gran demonio azul ha quedado encapsulado para siempre gracias a ella.

Por eso, cuando vi a Blue Demon en *sticker*, me quedé así, ira...



Blue Demon, foto de Lourdes Grobet.



Fotomontaje del Fondo Filmoteca, acervo del Archivo Histórico del Estado de Colima.

De Sinaloa para el mundo... inmortal

Alberto Llanes

De entre Jorge Negrete y Pedro Infante me quedo con ambos personajes de la cultura popular de nuestro país, pero me inclino más por “el inmortal”, “el ídolo de México”, como fue también conocido el oriundo en Mazatlán, Sinaloa, José Pedro Infante Cruz, quien fue criado en la ciudad de Guamúchil. No podremos decir que Pedro Infante vivió la derrota, ni la desdicha, sino todo lo contrario, nació con una gran estrella y carisma que encantaba tanto a hombres como a mujeres. No voy a decir que Jorge Negrete me caía mal, no, pero su imagen de hacendado, empoderado, rico, ladino, intocable e inalcanzable (casi en todas sus películas), fue ensombrecida por el otro lado de la moneda, por la viva imagen del desprotegido, del que venía siempre de abajo, el pobre, bueno (aunque en la película *Dos tipos de cuidado* a Pedro Infante le toca hacer el papel de Pedro Malo y a Jorge Negrete el de Jorge Bueno), el accesible y que se encontraba siempre al alcance de la mano, ese era Pedro Infante.

Si de cultura popular se trata, nadie mejor que la figura del inmortal, el charro de México, el conquistador de mujeres, el carismático y dicharachero, que a veces jugueteaba y que, como todo charro mexicano era mujeriego, parrandero, bebedor y jugador. Pero en sus películas interpretó varios personajes, todos ellos con muy buena manufactura. De pronto hay una trilogía donde el melodrama llega casi casi a lo exasperante, pero qué es México sino un país que vive del melodrama, de la tragicomedia, como lo ha descrito otro grande de la cultura popular: José Agustín en sus libros. Yo que soy más de rock y no tanto de mariachi, ni otros géneros más arraigados en mi país, para mí Pedro Infante es un imán que me ha atrapado desde que tengo uso de la memoria, porque no sé si tenga razón o no, no así raciocinio, que es cosa diferente.

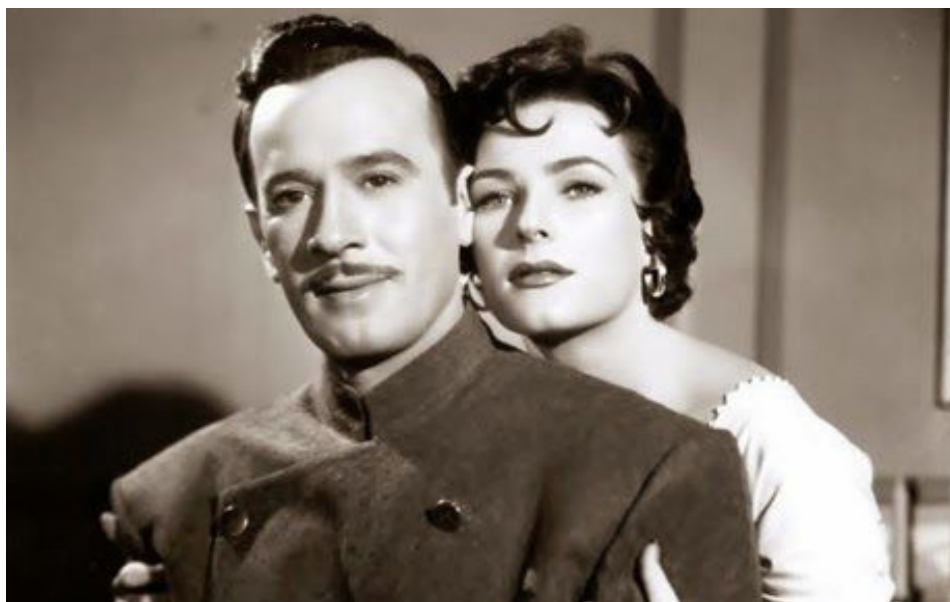
Justo en el mes de abril se celebra un aniversario más de la muerte del ídolo de México, acaecida justamente el 15 de abril de 1957; hace ya sesentaitrés años. Pedro Infante nos dejó cerca o poco más de trescientas canciones grabadas y alrededor de sesenta películas; he visto todas, incluyendo aquellas que son poco conocidas como *Mexicanos al grito de guerra*, *Arriba las mujeres*, *La razón de la culpa*, *El ametalladora*, *Cuando habla el corazón*, *Reportaje* (donde tie-

ne una breve interpretación) y algunas más, porque de ahí en fuera, sus películas fueron muy bien conocidas y muy bien recibidas. Ismael Rodríguez Ruelas fue amigo y director de muchas de las películas del afamado actor y cantante. En el documental *Así era Pedro infante* de 1963, dirigido por el mismo Ismael Rodríguez, donde se puede oír como narrador la voz del gran Arturo de Córdova, ahí, a manera de homenaje, despedida Ismael Rodríguez devela cómo era, por dentro, en esencia, Pedro Infante, un tipo que era deportista, estilista, fanático de los aviones y el vuelo, hecho que lo llevó a encontrar la muerte cuando el ídolo contaba con treintainueve años de edad.

Tuve la oportunidad de conocer a alguien que estuvo muy cerca, muy muy cerca de la vida del ídolo mexicano: Irma Dorantes, su última mujer, con quien contrajo nupcias en 1953. Irma estuvo en el puerto de Manzanillo, Colima, leyendo poemas de Griselda Álvarez, una presentación infumable y espantosa, leídos terriblemente, demostrando que no había leído nada de Griselda y que su actuación fue pura llamarada de petate. No le pregunté nada acerca de Pedro Infante porque Irma Dorantes ha de estar enfadada de que siempre, donde quiera que va, alguien saque a relucir el tema del inmortal, pero saberme a lado de una persona que estuvo, a su vez, a lado de uno de mis ídolos, fue una experiencia maravillosa aunque su presentación haya sido un desastre, hay que decirlo así.

Sin duda alguna a Pedro Infante me hubiera encantado conocerlo en persona, saludarlo o, por lo menos, verlo de lejos, sin embargo, la brecha generacional del tiempo nos separó, pero ahora escribo este texto memorando su recuerdo, su paso por esto que hemos denominado vida. Sin su historia el cine de oro mexicano quizá no sea la misma, es impresionante ver que generación tras generación sigue estando en el gusto de la gente, sigue siendo el ídolo del pueblo, un pueblo que necesita tener y creer en héroes o heroínas porque cada vez, este pobre pueblo, está más jodido o quizá igual que cuando Pedro Infante pisó esta faz. Un pueblo que gusta verse reflejado en el triunfo de otros para sentirse vivo, un pueblo al que le hacen falta ídolos así, como los de antes.

Así que de entre Jorge Negrete y Pedro Infante me quedo con “el inmortal” o “el ídolo de México”.



Pedro Infante y la actriz Miroslava en la película *Escuela de vagabundos* (1953).

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Cosas de animalitos

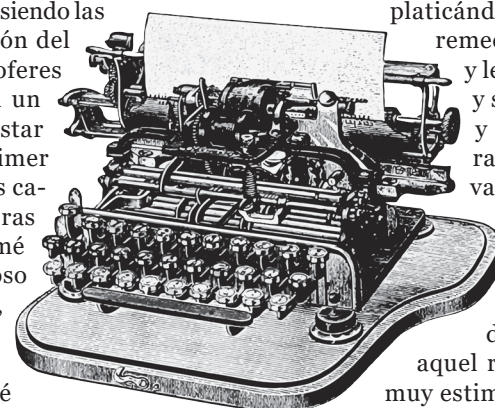
Carlos Caco Ceballos Silva

PRIMAVERA 1998. Venía de la capital en un amarillo, y siendo las siete de la mañana paró el autobús en una población del estado de Michoacán. Bajamos el pasaje y los choferes a desayunarnos, yo pedí camotes enmielados con un vaso de leche. Me senté en una mesita arrinconada para estar tranquilo, leyendo *La Familia Burrón*. Me sirvieron. Al primer trago sentí en las narices comezoncita, seguí masticando los camotes que estaban sabrosísimos y extasiado con las aventuras del maestro Regino y de la mandona y ocurrente Borola, tomé el segundo trago de leche, volviendo a sentir el mismo chistoso cosquilleo. Continué mascando y saboreando el desayuno y, desde luego, sin dejar de regocijarme con las puntadas de la Familia Burrón; y así, divertido me empiné el vaso, sintiendo la misma comezoncita, por lo que dejé el cuento y me fijé en el vaso. A medias de la leche consumida estaba una cucaracha bien dada y colorada que movía sus antenas todavía húmedas de leche. Así es que deduje, sin ser gran conocedor, que a cada trago de leche las antenas del coleóptero se metían en cada agujero de mis narices y era la razón del simpático y agradable cosquilleo.

Corría el año de 1943 y él andaba por sus resplandecientes veintes. Vivía con su familia por Gildardo Gómez, teniendo de vecinas a la estimable familia de las Virgen, recién llegadas de Ciudad Juárez. Uno de esos días, y ya entrada la noche, Rosita llegó corriendo, diciéndole: “Jorgito, ahí está el gato dañero, el que nos quiebra las cazuelas y se bebe la leche. Así es que vente rápido para que lo mates”. De inmediato Jorgito Salazar sacó su Flower del ropero, le puso una bala y raudo se encaminó a la casa de las Virgen.

Ya adentro, y con mucho cuidado y sigilo, agachado y sin hacer ruido, llegó al corral, y fue entonces cuando ella muy quedito le dijo: “¡Míralo, ahí está!”. Y entonces él, con mucho tiento, se fue parando, le apuntó y todavía preguntó: “¿Le tiro?”. “¡Sí!”. Jaló el gatillo, sonó el disparo y el gato se desplomó, pero al mismo tiempo vieron que otro gato brincaba y se alejaba corriendo por las tejas, y fue entonces y en esos instantes cuando Rosita gritó: “Le diste a la Chata”. Y así de sencillo fue cómo al confundir, o más bien al no ver al otro animalito, abatió sin querer a la gatita consentida de las Virgen. Esta noticia en Colima de ayer corrió de boca en boca con palabras condolidas de las señoras y de alabanzas del sexo horroroso por la buena puntería de Jorgito, el de El Paraíso.

Y ya que hablamos de gatos, les platicaré otro episodio que me narró mi dilecto amigo Gabriel. Allá por la década de los cuarenta, en San Gabriel, al rancho familiar entraba una vaca dañera que hacía estragos en la siembra, no respetaba lienzos ni horquetas y cada rato teníamos que echarla fuera, después de habernos pisoteado la milpa y mordisqueado los elotes; el dueño, un buen vecino, se concentraba al alzarse de hombros ante nuestras repetidas quejas. Un día nos visitó mi suegro, don Pedro Gutiérrez, y

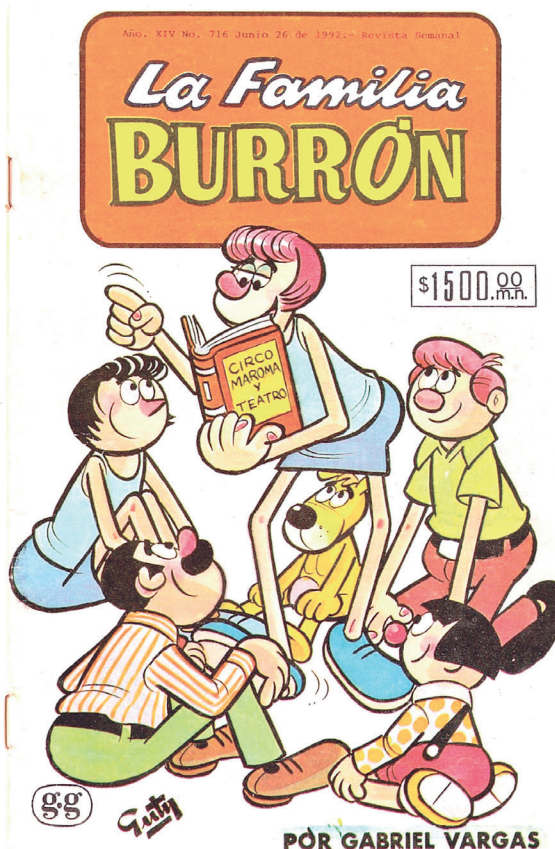


platicándole lo de la vaca dañera, de inmediato me dio el remedio: “Cuando llegue la la vaca la lazan, la tumban y le amarran las patas para que no se pueda levantar y se traen el gato de la cocina, se lo pegan al hocico y le retuercen la cola, el gato maúlla, se enoja y rasguña: ¡Ya verás si vuelve la vaca! Apareció la vaca, la pialamos y la tumbamos, le amarramos las patas, trajimos el gato, le apreté la cola, se enco-rajiné y con sus filosas uñas arañó el hocico de la vaca. ¡Santo remedio! La vaca nunca volvió y todos nos regocijamos satisfechos, y aún ahora, después de tantos años, nos reímos al recordar aquel remedio tan fácil y sencillo que me aconsejó mi muy estimado suegro.

Por el año de 1935, mi estimado amigo, Jorge Corona Oldenbourg, vivía con su mamá por la calle Guerrero. Un día que estaba yo merendando con ellos, de pronto cayó de las tejas una rata gris que seguro huía de algún ratón o de un gato, los tres gritamos y entonces fue cuando doña Pachita me platicó que eran una barbaridad las ratas que se habían criado en su casa, y que por más veneno y gatos de los vecinos no parecía que se fueran acabando; a los dos o tres días en la tienda platicaba doña Chayo Guerra del mismo problema, y que a ella se le habían ahuyentado con unas ratas blancas y que además tenían la ventaja de reproducirse muy poquito y de pelearse con las ratas grises; así es que yo, queriéndole ayudar a mi amigo Jorge, le platicué a doña Chayo el asunto, pidiéndole por favor que me consiguiera un par de ratas blancas. No pasó una semana sin que ella me haya traído a la tienda en una jaulita un par de ratas blancas, y que de inmediato se las llevé a la casa de Jorge, las recibió doña Pachita y, desde luego, le abrió la jaula, salió corriendo el par, me dieron las gracias y la jaula para devolverla. Y pasó lo inaudito, las ratas blancas se cruzaron con las grises y salieron manchadas, reproduciéndose en una forma tan crecida que, según los vecinos, toda la manzana se había llenado de ratas dálmatas.

Y esto eran los trascendentes “sucesos que pasaban y eran la ‘comidilla’ en las reuniones familiares en los años que ya empezaba yo a perderle miedo al diablo y me empezaban a gustar las de los muslos retozones”.

* Empresario, historiador y narrador. †



Al primer trago sentí en las narices comezoncita. Seguí masticando los camotes que estaban sabrosísimos y extasiado con las aventuras del maestro Regino y de la mandona y ocurrente Borola, tomé el segundo trago de leche, volviendo a sentir el mismo chistoso cosquilleo. Continué mascando y saboreando el desayuno y, desde luego, sin dejar de regocijarme con las puntadas de la Familia Burrón